





AVE MARÍA HABANA



Ivo Basterrechea Sosa

AVE MARÍA HABANA



Primera edición: enero de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ivo Basterrechea Sosa

ISBN: 978-84-18366-84-0

ISBN digital: 978-84-18366-85-7

Depósito legal: M-21135-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicada a Milagros Toledo,
a quien le debo parte de mi vida.*

*In memoriam a Lucio Estévez,
poeta y amigo.*

*Constantino Suárez, Fernando Ortiz,
Juan Luis Martín y Lydia Cabrera,
iluminaron el camino.*

*A María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin;
Felipe Poey, Esteban Pichardo, Jacobo de la Pezuela, José María de la
Torre, José García de Arboleya, Anselmo Suárez y Romero, Francisco
Calcagno, Justo Zaragoza, Idelfonso Estrada y Zenea, Alejandro de
Humboldt, Benjamín de Céspedes, Serafín Ramírez, Miguel Estorch,
Antonio de Gordón y Acosta, Cirilo Villaverde, Domingo Rosain,
Antonio Ignacio López Matoso, Antonio Bachiller y Morales, José
Antonio Saco, José María Gómez Colón, Pascual Riesgo, Ramón Meza
y Suárez Inclán, J. P. Legrán, Jacinto de Salas y Quiroga, José María
Gómez Colón, Juan Francisco Valerio, Luis Victoriano Betancourt,
Francisco de Paula Gelabert, Fermín Valdés Domínguez y José Martí,
de ideales y momentos diferentes, pero que pudieron ver la muralla o gran
parte de ella y vivieron una Habana colonial. Gracias a sus obras creé
mi propia historia.*



La isla de Cuba...
...también conocida por la Isla de Santiago
y del Ave María...

JOSÉ MARTÍN FÉLIX DE ARRATE

Cañidor de piedra con que se aprietan los miembros de
un pueblo que pide desahogo para su respiro
y espacio para su incesante crecimiento

ESCRITOR ANÓNIMO de la época
refiriéndose a la muralla de La Habana



El buque La Capitana, el de mayor jerarquía en el apostadero de La Habana, lanza el cañonazo del Ave María y el tronido te desordena los encajes del rostro, despiertas asustada y, junto a la tía Fredesbinda, abandonas el camarote del barco de vela y vapor procedente de España, subes a la cubierta donde concurre con los demás pasajeros sin importar el desaliño y la soñolienta expresión en la fría mañana de enero. En la entrada del puerto, el faro de la fortaleza del Morro te resulta erótico y sonríes al imaginar un enorme falo sobre sus piedras.

—¡Qué imaginación! —exclama Fredesbinda.

La miras sorprendida y algo perpleja.

—Saber que la construyeron nuestros padres. El año pasado hizo un siglo que la tomaron los ingleses.

Sin dejar de observarla, tragas el amanecer, sonríes desplazando la mirada por el amplio y riguroso edificio de la Real Cárcel, los baluartes y cortinas de la muralla perdida como culebra zigzagueante entre los campanarios de las iglesias, las casas de vivos colores, los almacenes y talleres bordeando la bahía a la distancia como agujeros en la herradura. Las torres humeantes de las fundiciones, los tejares y de otras fábricas sobresalen a lo lejos por encima de los tejados de la villa y a modo de pinceles invertidos manchan de humo al cielo. La majestuosa fortaleza de la Real Fuerza llama tu atención, donde no muy lejos se extiende el muelle de Caballería.

El barco con los paños arriados pita anunciando su llegada, mientras se desliza en las aguas de la bahía animada entre las em-

barcaciones de velas, el abejero de botes de remos que navega de un lugar para otro, y termina atracando en el pilotaje de guayacán revestido de ostiones y enmarañado de jarcias, entre las arboladuras de un bosque apolillado donde los pabellones de las naciones mercantiles ondean como mariposas y los buques de alto bordo con sus baupreses de cuernos de unicornios encantados hincan las fachadas de los edificios.

La oscuridad empalidece ante la aurora que remonta los muros de la Cabaña, permitiéndote observar el ajeteo de los marinos, la labor de los negros congos reales, zambos y mulatos con sombreros guariados de paja y alianchos, encajados en sus harapos embebidos de sudor, algunos mostrando las partes pudendas y otros sin dejar de gritar y entonar cantos, estibando con destreza las cajas de azúcar vacías como ataúdes que giran al trompo para entongar y guardar en los almacenes. Los estibadores asiáticos, indios naturales y yucatecos ruedan barriles repletos de bacalao en salmuera nórdica, acarrean cajas con cigarros de papel junto a millares del torcido, quintales de tabaco en polvo, arrobas de cuero al pelo, tablones y tirantes de muchas varas. Las farolas de gas del muelle recién reparado, como luciérnagas en su huida, alumbran en los lugares aún oscuros, mostrando las siluetas de los pescantes en el ascenso y descenso de géneros a modo de aves cazadas colgadas al cañón de la escopeta, el trasiego de carretillas que van y vienen sin cesar, al igual que no cesa el clamoreo de campana de las iglesias, las parroquias y los conventos, al toque del alba avisando a los fieles para que recen el avemaría.

La tripulación espera los resultados de la falúa de Sanidad y de Hacienda, mientras grupos de comerciantes se acercan en sus guadaños para ofertar las artesanías y baratijas. Autorizado el descenso, el ajeteo se forma entre las pasajeras que sacan los pasaportes de sus ridículos, ajustan las capotas ceñidas, los pañuelos de cabeza en legítima elegancia y donaire, donde sobresale la tía que, a pesar de doblarte la edad, se distingue por el bullarengue oculto debajo de las enaguas del vestido, el entallado corsé junto al extranjijs

miriñaque de la falda volanteada en capas y los airosos guardapiés que cubren los zapatos rasos, resaltando la clase con respecto a las lugareñas valencianas y catalanas, opuestas al influjo innovador de la moda. Los empinados caballeros en sus sombreros de elevadas copas se mezclan entre ustedes, llevando en las manos los bastones de madera o de costilla de ballena. Oficiales peninsulares rodean al coronel Gaspar Rondón, que al pasar por tu lado guiña un ojo, ostentando las estrellas recién permitidas por el Ejército. Los clérigos y seminaristas se mezclan entre el paisanaje a lo majó en sus boinas y camisolas, zapatos de vaqueta curtida o alpargatas que caminan detrás del rebaño de personas buscando la fila de las volantas y quitrines, donde los caleseros envueltos en estridentes chiflidos, a golpe de cuarta, espantan a los perros callejeros.

La tía Fredesbinda, en cómplice sonrisa, te codea.

—¡Viste, ese sí que es un buen partido, al que le caíste en gracia con guiño de ojo y todo!

—Fue a ti —dices y respiras los olores a vainilla y canela de las confiterías vecinas mezclados al de la salmuera, a la marisma arrastrada por la mansa brisa del sur a través de la bahía, junto a los olores del aguardiente de bodega, el orín de las bestias, el humo de los habanos de hombres impacientes que esperan a sus familiares, creando uno solo extraño a tus sentidos.

—No, a ti.

—¡Tía, pero sí me duplica la edad!

—¡Vamos, sobrina, que has arrastrado mucha seda! Ambas sabemos de la pata que cojeas.

No la escuchas por mirar a las brujas del maquillaje corrido, apiñadas por el frío, trasnochadas y desgredadas, la vestimenta maltrecha de grandes escotes que liberan el olor de la pomada en los sobacos y la humedad de los palos de escobas en las entrepiernas en descendimiento constante hacia las mugrosas chancletas de madera.

—Tío Fermín quiere regalarte un quitrín.

—¿Qué es eso?

—El coche cubano.

—No, no. Me refiero a esas mujeres.

—¿Acaso no las ves? Las pobretas que andan detrás de los marinos. ¡Olvídalas! Te decía que no hay una joven en esta ciudad que no tenga un quitrín.

—¿Quitrín? Cada vez que escucho esa palabra me resulta graciosa —contestas y sonríes sin dejar de mirar a las pobretonas.

—¡Son muy cómodos y ligeros! —continúa Fredesbinda, levantando el brazo para llamar la atención de sus criados

*

Un criollo zarrapastroso con acento gallego habla de volatería y, sin orientación, anda por las calles de La Habana. En la cabeza, el pañuelo descolorido con cuatro nudos en las puntas atrapa la mente cundida de bichos y las leyendas cuchicheadas por la gentualla de los barrios. Los ripios de percal sobre los calzones de vedija cortos y raídos muestran las pantorrillas lechosas que arrastran los zapatos de piel de verraco con cerdas hacia afuera para evitar las espinas y preservar los pies de las niguas. Un grupo de mataperros corre por su lado y le arrebató la bolsa que lleva sobre el hombro, provocando que las piedras caigan entre los cascajos de la calle.

—¡Lucio, venao, tribilín, la llave, trapito!

—¡Tu madre! —grita el anciano, agarrando las piedras del piso y lanzándolas a diestra y siniestra por los aires, obligando al celador del barrio a soplar el pito y correr en sentido contrario en busca de ayuda.

*

Febrero de 1833. Lupe, Tula y Geno, el cuarterón de la servidumbre, juegan sentados en el centro de la sala. Los tres arman perinolas, pasando las clavijas de madera por los agujeros de las hormillas anchas y planas de los botones que giran sobre las baldosas.

—¿No tienes frío? —pregunta Lupe a Geno.
Niega el niño sin camisa y calzones de percal a media pierna terminados en dientes carabalí.
—Tengo mareos —se queja Tula.
—Quizá son las perinolas —contesta Lupe riendo.
Las niñas giran las clavijas y Geno arma más perinolas. Un fuerte sonido de intestinos se escucha de pronto.
—¡Es tu mondongo! —grita el cuarterón de cabeza engrifada, indicando a Lupe.
—No, no soy yo. Son las tripas de mi hermana.
—No me siento bien, la panza me duele —lloriquea Tula doblada con las manos en la barriga.
—Estás clorótica.
—¡Me duele mucho! —se queja y va hacia las escaleras de los aposentos.
—¿Por qué no jugamos a los logogrifos?
Geno, de ojos aceitunos, encoge los hombros y gira las perinolas.
—¡Mejor al canastillo! —exclama Lupe y agarra el estuche de los botones—, yo vendo a usted mi canastillo. ¿Qué usted pone en él?
—Papel —contesta Geno.
—Un lebrel —agrega Lupe.
—Un, un, un cascabel.
—Un esparavel.
—Un... esa palabra no existe. Tú la inventaste.
—Sí existe. Qué tú no la conozcas no es mi culpa y como esa me sé muchas más.
—A ver, di otra.
—Babel, pastel y miel.
—Vamos a jugar a los *logrigofos*.
—Te dije que no se dice así bruto, se dice...
—¡Mamiiii! —grita la niña Tula desde los aposentos.
—Es mi hermana, vamos a ver qué le pasa.

—¡Pa' los fósforos! Me voy al cuarto con mamá —niega Geno, corriendo descalzo para el patio.

Lupe se pone de pie y corre hacia las escaleras.

*

Bibi, el negrito calesero, en librea de chaqueta redonda, al ver a la tía Fredesbinda guía de la mano el carruaje y maniobra entre los demás, acompañado por otro negro de estatura arbolada y de menor elegancia que ayuda a hacerle camino. Ambos ofrecen reverencias, pero el menos vestido se esconde detrás del caballo.

—Bibi, entrega la papeleta de los baúles a Tindo Lucumí.

—¿Cómo dijiste? —preguntas casi al oído, aunque de nada sirvió porque tu tía encoge los hombros y alza la voz a todo cuello.

—¿A quién, a Bibi o a Tindo Lucumí?

—Tía, baja la voz.

—Pero por qué, si así es como se llaman a estos negros.

Los arreos del caballo y el calesero Bibi, encajado en el sombrero de copa alta hasta las orejas en las que cuelgan las argollas de oro en forma de media luna y un corazón, llaman tu atención y hasta te causa gracia el dedo índice con sortijas de piedras de colores, que según él representan las conquistas de las negritas del barrio. El negro, sin soltar la cuarta de cuero labrado, con movimientos ágiles, te ayuda a subir al pesebrón resguardado por la alfombra marroquí y, seguida de tu tía, te sientas sobre los cojines con resortes de acero y disimuladamente tocas el delicado forro de gro blanco perlado de primorosas labores y adornos, mientras Bibi, seguro de que su ama está bien acomodada, va delante de la sobreconcha donde en los faroles de vidrio bosteza el par de velas. Abre primero uno, sopla la vela que a medida que se gasta sube sobre el resorte en espiral, y efectúa la misma operación en el segundo, luego pasa una jerga por los cristales, las borlas y argollas de marfil, trepa a la silla de la monta, chifla y con cuartazos al aire arrea el caballo a través de la concurrida plaza de San Francisco,

buscando la calle de la Obrapía, acompañado de los perros, el ruido de las carretas y de los carretones, que en ocasiones permiten escuchar la cadencia del canto de los gallos.

*

Desde semanas atrás, los principales diarios anuncian la llegada del coronel español Gaspar Rondón, como jefe de policía de la isla y de la capital, que aún llega con el polvo del desierto afincado en la barba, los turbantes árabes prisioneros en las pupilas y los restos de sangre de los moros embadurnando el sable. El oficial en la berlina, junto al ayudante Alberto del Valle, evade las preguntas de los periodistas aglomerados en derredor. El cochero suena la cuarta alejándose hacia el Palacio de Gobierno, seguido por otro quitrín donde viaja la escolta.

*

Febrero de 1833. La vieja larguirucha gangá Ñamonga, en túnico de listado deslucido y un pedazo de bayeta humedecida en las manos huesosas, lude excitando la piel de Tula. Zoila entra al aposento con el frasco de agua de Florida que unta en la cara de la niña.

—¿Han vuelto las cagaleras?

La negra desgarbada niega.

—La niña ha vomitado todo. Esta cosa a mí no me gusta — contesta en atropelladas palabras con los ojos saltones y blancos como los dientes mellados.

—Monga, vete y di al doctor Esteban que su ahijada se enfermó.

La criandera de orejas anilladas de tumbaga, coloca las compresas frías sobre el testero tallado de la cama y abandona la habitación. Tula grita de forma descompuesta por los dolores estomacales.

—Calma, hija, por ahí viene tu padrino el doctor Esteban.

El encendimiento y la palidez alternan en sus facciones, entre unos círculos azules que rodean sus ojos, mientras se retuerce al sentir el vientre alterado y escocido por los brebajes de las yerbas.

—Mami quiero vomitar, tengo mucho ruido y me duele la pancita.

—¡Lupe! —llama Zoila a su otra hija.

La niña entra al aposento, se recuesta en el hombro de su madre cubierto por una manta de punto de torzal que deja al descubierto un collar de nácar y venturina.

—Mande, mamá.

—Vete allá abajo y di a las negras que suban urgente, andando. Lupe abandona la habitación.

*

El quitrín se detiene en el suelo terrizo, sembrado de cascajos y chinas pelonas dispersas en la calle de la Obrapía, esquina a Compostela, frente a la casa de dos plantas con balcones de buena construcción y moderna arquitectura. Ayudada por el caletero, bajas y esperas por la tía, que invita a pasar una puerta que forma parte de otra más grande de buena madera, alto puntal y líneas paralelas de garrapatas metálicas amenazadas con ser aplastadas por una lustrosa aldaba de hierro para retén encima de la cerradura. El parloteo de las cotorras, el trinar de los pájaros, el perfume del jazmín, venidos del patio, es lo primero que se escucha y huele en el salón donde el dueño, el cura y cuatro hombres elegantemente vestidos esperan delante de la servidumbre formada en línea, en sus gorros de punto, trajes, mandiles y guantes blancos. La danza de los caireles en las arañas del techo destrizan la luz proyectada en las paredes de la sala, donde el sepia escapa de los retratos enmarcados en óvalos de carey, las cortinas aterciopeladas y guarniciones retienen el silencio del polvo de la calle y rodean las puertas cerradas, defendidas por rejas de hierro forjado y fundido, donde a través de los vitrales penetran los duendes del policromo reflejados en el piso. El dueño enclaustrado en sus pantalones a modo de costal, en su camisolín y el cuello sin espalda delante del pecho, estirados a puño de plancha que aún exhalan el olor de la cera, muestra la camisola arremangada al

codo, dejando entrever sus brazos de pelaje pardo, se adelanta al resto de los invitados para abrazarte y decir en voz hueca y cascarona que es el tío Fermín. Y con un guiño de ojo y un «¿Cómo te fue?» a Fredesbinda, te invita a tomar el brazo de osezno amantado en forma de asa sobre el cuadril.

—Pensé que estarían para fin de año.

—Un ciclón nos obligó a quedarnos en Gran Canaria —se apresura a comentar la tía.

—Bueno, después de todo, sanas y salvas en este 1863.

Con pasos bufonescos te presenta a los visitantes, en los que percibes cierto asombro cuando miran a tus ojos.

*

Febrero de 1833. El joven doctor Esteban, de gestos amaricados, entra al aposento pastoreando el maletín de cabra montés y, a través de sus ojos abotagados fuera de los gruesos cristales, manda salir a las negras apiladas en la puerta. Zoila se pone de pie y camina hacia ellas, pero la voz del galeno la detiene.

—Zoila, tú no.

La mujer retrocede, las negras salen, mientras el médico se acerca a Tula, le toma el pulso, observa sus pupilas dilatadas en ojos de pescado en hielo, los círculos violados en el rostro, los surcos de tierra removida en los labios, la lengua de piel de selacio y la voz rasurada por las navajas de la garganta.

Esteban saca el recetario del maletín y mientras escribe se acerca a Zoila, que no le pierde ni pies ni pisada.

—Comadre, mande a hervir el agua que pueda y mantenga el menor contacto con la niña.

—¿Es contagioso, compadre?

El boticario se acerca lo más que puede.

—El morbo asiático, vengo de ver a otros pacientes.

—Me está asustando.

—Usted es una mujer valiente.

—No se trata de mí, es de mi hija, compadre. ¿No se cura? —pregunta ingenuamente la mujer esperanzada, que se persigna y mira al techo.

—Es el cólera. Aquí receto estas medicinas y si hay fiebre mande hacer un cocimiento de aleluya.

La puerta se abre, Ñamonga asoma la cabeza aturbantada.

—Señora, la niña Lupita patalea como machango.

—¡Vamos para allá! —exclama el médico.

—¡Ay, bendigo al Eterno! ¿Por qué a mis hijas?

*

El cura, como pájaro pavonado de negro sobresaltado ante el espantajo, exclama la frase «Igualítica a su madre». Cuando te liberas de los hombres, vas a las jóvenes que esperan alegres, frotando las manos de entusiasmo. Das un beso doble en las mejillas de cada una, vestidas de indiana perlada por debajo de un chal tunecino de igual color.

—Estas son tus primas jimaguas Rutilia y Micaela. Por cierto, ¿dónde está Elpidio? —pregunta Fredesbinda, que indica las escaleras de lengua retorcida entre la dentadura de balaustres en mármol serpentino que conducen a los aposentos.

—¿Dónde crees que pueda estar tu hijo, madre? —contesta Rutilia.

*

Las mujeres se retiran y los hombres se sientan en poltronas de esculpido palisandro compacto color rojo oscuro y en los mecedores de maple gateados.

—Bueno, don Fermín, queridos amigos, no recuerdo quién preguntó por el mejor café —interviene el estrábico Gonzalo, de cachas cacarañadas medio cubiertas por largas patillas como lágrimas de cera derretida que sobrepasan la mandíbula inferior—. El mejor, sin dudas, el cosechado en la Arabia, el indiscutible de la Moka. ¡Qué decir, una calidad suprema!